

# LA TRANSICIÓN USURPADA

LOS sucesos más próximos al presente son a menudo los más difíciles de historiar, precisamente porque su proceso no está concluido e influyen con fuerza en la actualidad: podemos describirlos, pero sus efectos no han terminado, y es a través de esos efectos como generalmente podemos entenderlos. En cierto modo ocurre como con un tipo de novelas policíacas: el lector ve una sucesión de hechos y tiende a interpretarlos del modo que cree más lógico hasta que, finalmente, el autor le descubre su verdadero sentido, muy distinto del imaginado por aquél. Claro que el efecto proviene en la novela de un artificio, y la historia real no depende de ningún novelista o similar. Sin embargo, los intereses políticos juegan a veces un papel muy parecido. Los políticos e intelectuales no pueden inventar los hechos pasados, pero sí tratar de imprimirles retrospectivamente un sentido acorde con sus intereses, prejuicios y proyectos. Como tantas veces se ha dicho, esto es inevitable, y a veces se deduce de ahí la imposibilidad de una historia objetiva; pero la falsificación de la historia puede demostrarse con frecuencia, bien mediante el examen cuidadoso de los datos, o aplicando simplemente la lógica. Así, la lógica nos impide creer, sin más averiguaciones, que, durante la guerra, un Frente Popular compuesto por partidos totalitarios,

golpistas y racistas pudiera haber defendido la democracia. Tal idea es simplemente grotesca... ¡y sin embargo la siguen manteniendo muchos interesados, con la pretensión añadida de oficializarla por ley!

Por otra parte, la visión del pasado condiciona la acción presente, y así, del modo como interpretemos la Transición de hace treinta años depende en buena medida nuestra actitud ante los problemas actuales. De ahí lo que podríamos llamar «lucha por el pasado» entre los diversos partidos, con sus interpretaciones diversas u opuestas, cada una con su particular coherencia. Pero también aquí pueden afirmarse algunas certezas. Como las que exponía Carlos Bustelo, ex ministro de UCD, en *ABC* el 3 de junio del año 2000, en una *tercera* titulada «La transición democrática: una historia tergiversada». El artículo empezaba:

Las últimas intervenciones del ex presidente González atribuyéndose el mérito de la transición española a la democracia no son nada nuevo; la desvergonzada apropiación de la transición comenzó al día siguiente de su gran victoria electoral de octubre de 1982 y no ha cesado desde entonces. Ello fue posible gracias a la irresponsable autodestrucción de UCD y a la no menos irresponsable actitud pasiva y hasta regocijada de Alianza Popular, donde no se levantó una sola voz para protestar ante tal impostura histórica. Se permitió así que arraigara en la sociedad española la creencia de que había que elegir entre demócratas progresistas y franquistas reaccionarios, lo que, de no haber sido por los graves errores de los gobiernos socialistas, podía haberles mantenido en el poder veinte años más.

Cualquiera con edad y memoria suficiente puede dar fe de los asertos de Bustelo. Un rey designado por Franco impulsó el proceso, lo diseñó un intelectual y político del franquismo, Torcuato Fernández Miranda, lo aprobaron las Cortes franquistas, lo pilotó un alto cargo del partido único del régimen anterior, Adolfo Suárez, le dio sustancia la UCD... No hay la menor duda al respecto, y las

pretensiones del PSOE, entonces un pequeño partido sin apenas organización, resultan ridículamente falsas. Bustelo terminaba, con excesivo optimismo: «Es claro que en el PSOE empiezan a darse cuenta de que los felices años ochenta se han ido para siempre y que las elecciones no se podrán ganar al rebufo de un antifranquismo inventado y de una Transición democrática falseada». Ha ocurrido lo opuesto. El PSOE no ha cesado un instante en su lucha por apropiarse la historia; al contrario, la ha incrementado, muy consciente de su poderosa virtud legitimadora, mayor todavía cuando las viejas legitimaciones ideológicas (marxistas) se han desmoronado. De modo que una amplia masa de población sigue persuadida de que la Transición y las libertades se deben, ante todo, al PSOE, a Santiago Carrillo y la izquierda en general. Incluida la ETA, que habría abierto el proceso con el asesinato de Carrero Blanco. Esta falsa convicción, tan extendida, ha sido una clave de la política socialista, de su éxito y de la actual involución política.

Aunque, como digo, quienes vivieron aquellos años pueden dar fe de la falsedad de tales atribuciones, el vasto sector de población entre los dieciocho y los cincuenta años no está en las mismas condiciones, y una propaganda machacona y bien orquestada le influye fuertemente. Y ocurre otro fenómeno más sorprendente: muchos jóvenes o adultos en aquella época llegan a creer lo contrario de lo que vivieron. Cuando hay un cambio político profundo, miles de personas se apresuran a inventarse un currículo de oposición a la situación anterior. No sólo se trata de los políticos, por obvias razones de interés, sino también de gentes sin interés práctico alguno que falsifican los hechos simplemente por identificarse con lo nuevo, con lo que triunfa. ¿Quién no ha conocido a personas ajenas u hostiles al movimiento estudiantil antifranquista —muy minoritario—, y que, años después, «recordaban» cómo participaban en asambleas y corrían delante de los *grises*, por poner un ejemplo típico? Si tantos antifranquistas hubiera habido entonces, el régimen se habría tambaleado ya en los años sesenta. Hasta Manuel Fraga Iribarne,

un *niño prodigio* del Régimen, confesaba modestamente, hace poco, haber luchado contra el franquismo «desde dentro».<sup>1</sup>

A esa distorsión de la memoria contribuye una lógica aparente: ¿cómo iba a venir la democracia del franquismo siendo éste una dictadura, y hasta una dictadura horrorosa y brutal, que hasta el final estuvo matando a sus enemigos? Mucho más creíble suena la tesis de que las libertades provinieron de los partidos antifranquistas, demócratas por definición, o al menos por implicación. En este esquema cabe admitir, si acaso, la participación de algunos políticos del régimen anterior, movidos, probablemente, por miedo ante el potente movimiento contra la dictadura, o por el deseo de adaptarse y salvar algunos muebles. Pero el verdadero mérito solo podía corresponder a los enemigos del régimen. Lo explicaba años después la revista teórica socialista *Sistema*: la Transición se hizo «con el concurso, precisamente, del rector reformista proveniente del régimen anterior». Con el concurso. Pero no con el protagonismo, como cae de su peso. Aquí la lógica —cierta lógica—, ganaba la partida frente a los hechos.

Una lógica bien apoyada, a su vez, en la de la Guerra Civil. El franquismo, nadie debiera dudarlo, había destruido a sangre y fuego la libertad republicana, y el movimiento antifranquista se proclamaba heredero de aquellas fuerzas democráticas unidas en el Frente Popular, que hicieron frente heroicamente al fascismo durante tres años. En verdad, esos demócratas habrían demostrado en la Transición una generosidad sin límites y un altísimo sentimiento de civilidad y reconciliación, al aceptar la participación de los herederos de la feroz dictadura. Se sobreentiende, claro, que no solo entraba ahí la generosidad, sino la visión política, ya lo puso de relieve Alfonso Guerra: también pesaba la relación de fuerzas, que impidió por entonces hacer el «proceso político» a Franco y a su régimen. Pero hoy, treinta años después, habría llegado el momento de cumplir esa tarea pen-

---

1. <http://www.minutodigital.com/noticias2/3374.htm>

diente y dejar sentada, por fin, la «memoria histórica», obligatoria por ley, a ser posible.

Este falseamiento ha calado en gran parte de los españoles, debido no sólo a la contribución de poderosos medios de masas, sino, más aún, a la inhibición sistemática de casi toda la derecha. Ésta incluso ha condenado o marginado agresivamente a los pocos que, como Ricardo de la Cierva, intentaban poner diques a la marea de distorsiones que hemos presenciado en estos años. El PP prefiere «no mirar atrás», ni a la Guerra Civil ni al pasado reciente. Asegura que tal ejercicio es contraproducente, y propugna, por tanto, «mirar al futuro». Todavía no sabemos qué habrá visto en el futuro, exponiéndose de paso a alguna demanda del honorable gremio de las pitonisas, por intrusismo profesional. Pero al desertar de la «lucha por la historia», por la verdad histórica, la derecha confirmaba indirectamente a los ciudadanos la versión de la izquierda sobre su historial sórdido y terrible, del cual, ¡por algo!, prefiere el PP apartar la mirada. Razón de más para que el PSOE insista en él y lo «clarifique», por pura responsabilidad cívica, pues, ¿qué futuro cabe esperar de partidos y políticos con tan inconfesable pasado?

Al revés que la derecha, el PSOE entendió muy bien, desde el primer momento, el valor de la lucha por el pasado, pues, guste o no al PP, el presente, y por tanto el futuro, están indisolublemente unidos a él, y España es España y nosotros somos lo que somos, hablamos el idioma que hablamos y estamos inmersos en una cultura particular, como producto de sucesos anteriores, incluso remotos. Por eso, una temprana operación de propaganda del PSOE en el poder consistió en una serie documental, de máxima audiencia, sobre la Guerra Civil, bajo el asesoramiento de Manuel Tuñón de Lara y otros de su séquito. Este historiador comunista supo formar una verdadera escuela de intelectuales y profesores que terminó predominando durante muchos años en la universidad y la enseñanza media españolas. Según su versión, la guerra había consistido en un enfrentamiento entre los ricos y los pobres, entre los reaccionarios aferrados a sus privilegios

y los demócratas, etcétera. Las derechas actuales, no hacía falta decirlo, procedían del sector fascista o reaccionario, culpable de desatar una represión criminal sobre los progresistas republicanos.

Y de nada valía al PP señalar su nacimiento posterior a la dictadura, pues nadie ignora sus vinculaciones personales, familiares y políticas con el régimen anterior. El PP, le guste o no, continúa la tradición conservadora que en la historia dio lugar al franquismo entre otras cosas. Negarlo es fomentar una confusión llevada últimamente a extremos cómicos. Y sin embargo bastaría señalar que, a excepción del PCE, los líderes de los demás partidos vienen igualmente del franquismo, por familia o actuación; o que, como recordaba Bustelo, su antifranquismo no pasa de invención.

En el terreno así abandonado, el PSOE pudo lograr victorias psicológicas y políticas como la de sus «cien años de honradez», un lema tan perfectamente falso como rentable, no solo por la graciosa autoatribución de la virtud, sino por la negación implícita de ella a la derecha. Si algo distinguía a la derecha, se daba por sentado, era la corrupción, además de la violencia y un ciego afán represivo, apenas dominado hoy, gracias al Estado de Derecho, pero con tendencia a resurgir a cada paso. En contraste con la integridad moral a toda prueba de los socialistas, defensores naturales de los trabajadores y los desheredados del injusto sistema capitalista.

Estas versiones retroceden hoy a grandes pasos, como revela, entre otras cosas, la exasperación con que reaccionan sus mantenedores y beneficiarios frente a versiones más racionales, veraces y cada vez más divulgadas. Pero debe reconocerse que han cuajado en muy amplias capas de la población y no son fáciles de erradicar.

Lo mismo que de la democracia en la Guerra Civil, la izquierda fue apropiándose de la Transición basándose en su pretendido antifranquismo, una cosa llevaba a la otra. Fue un proceso lento, al principio. Al morir Franco la mayoría de los españoles no valoraba la oposición antifranquista como factor de legitimación política, y por ello ganó UCD las elecciones; al propio PSOE nadie lo relacio-

naba en serio con el movimiento contra la dictadura, y sus radicalismos verbales eran considerados más bien como retórica oportunista o estridencias pasajeras debidas a la inexperiencia de sus líderes. Todo el mundo sabía, porque estaba absolutamente reciente, que la única oposición significativa al régimen había sido la de los comunistas y, ya a partir de 1968, es decir, muy a última hora, la de los terroristas, en especial la ETA. En las cárceles prácticamente no había demócratas; y no demasiados, tampoco, fuera de ellas, como demostró, ya en 1976, el episodio Solzhenitsin. Lo he comentado en *Franco para antifranquistas*: la denuncia de la tiranía soviética por el gran escritor desató en la España predemocrática un alud de injurias contra él, contra uno de los grandes testigos y acusadores del totalitarismo del siglo xx. La oposición emergente, incluida la moderada y ajena al comunismo, respetaba demasiado al sistema soviético, por no decir que simpatizaba con él, para tolerar semejante ultraje de un *reaccionario* como el premio Nobel ruso. Hubo hasta recomendaciones de hacer más riguroso el Gulag por parte de Juan Benet, un escritor no comunista aunque, desde luego, muy *progresista*.

La apropiación indebida de la Transición ha tenido formulaciones pintorescas, como la de Alfonso Guerra cuando, en visita a Moscú, dejó pasmados a sus huéspedes al mostrarles el secreto del cambio político español: ¡el bikini! Idea grandiosa jaleada y ampliada por Luis Carandell en el diario *El Sol*: «la explosión laica de los cuerpos en las playas», la minifalda, *El último tango en París*, los curas obreros, las antiguas congregantes de María recicladas, un «famoso *strip tease* barcelonés», y así sucesivamente (y, es cierto, la oposición de numerosas personas en los últimos años del régimen consistió en viajar a Perpiñán o a Bayona a ver películas pornográficas, para negocio de los indígenas). Con lo cual quedaban claras dos cosas: el escaso papel de la oposición política y su nivel intelectual, no menos precario, como, por lo demás, nunca se han cansado de demostrar. Esta palabrería ha sido, precisamente, uno de los déficit más dañinos de la

Transición, porque si el falseamiento del pasado envenena el presente, su trivialización desmoraliza a los ciudadanos.

En el falseamiento y trivialización ha destacado la cadena de medios PRISA, sobre todo *El País*, convertido pronto en el diario más influyente de la nación y el más conocido fuera de España, al punto de que sus directivos otorgaban o denegaban credenciales de demócrata y pudieron creer que hacían o deshacían políticos, ministros y hasta gobiernos, con sus editoriales. El caso de este periódico y, en particular, de su director entonces e inspirador siempre, Juan Luis Cebrián, tiene el mayor interés político. Como es sabido, Cebrián proviene de una destacada familia falangista y medró gracias a ello en la prensa del Movimiento, en concreto en el diario *Pueblo*, órgano de los Sindicatos Verticales. Con Arias Navarro como presidente del Gobierno llegó a director de informativos de la televisión única. Hasta aquí todo concuerda con el hecho de que la transición fuera diseñada y organizada por el sector hegemónico del franquismo, y el propio diario *El País* respondiera a una iniciativa de Fraga. Lo llamativo es la evolución del periódico y su director hacia un antifranquismo tan visceral como ya innecesario, adoptando las versiones izquierdistas sobre la república, la guerra y la propia transición!, sin excluir una simpatía soterrada hacia la ETA... En fin, un tema apasionante, como iremos comprobando.

## I. LA ÉPOCA

## ANTIFRANQUISMO Y DEMOCRACIA

LA tergiversación de la Transición, y con ella de la democracia, parte del aserto de que antifranquismo y democratismo son términos equivalentes. En apariencia así debiera ser, puesto que el franquismo fue una dictadura, pero el observador cuidadoso percibe inmediatamente algunas incongruencias. Por ejemplo, en el libro de Antón Saavedra *El secuestro del socialismo*, leemos sobre el PSOE de mediados de los años setenta:

La justificación de los dineros que fluían a raudales desde Alemania se basaba, según el portavoz del SPD alemán, Bruno Friedelrich, en declaraciones realizadas a los medios de comunicación, en febrero de 1976, en que: «Son muchos los socialistas españoles que han sido apresados o encarcelados, y hay que pagar a los abogados o mantener a familias que se han visto privadas de su cabeza». Cuando el PSOE sea legal en España, se podrá convertir en un partido económicamente independiente. Ni que decir tiene que en los últimos años del franquismo no fue procesado un solo dirigente socialista en España [...]. No existía represión generalizada contra los socialistas españoles, y si la hubo fue muy puntual y episódica, nunca de la manera sistemática y continuada como la que recibieron algunos comunistas. Por consiguiente no había familias a las que ayudar [...]. Pero el dinero existía, y no sólo de

dinero alemán vive el PSOE. Dinero mexicano, venezolano, judío, británico, sueco, austríaco y (no podía faltar) dinero de la CIA norteamericana a través de sus brazos sindicales de la AFL-CIO [...]. Pero la consigna era «sólo para las familias de los detenidos».

El libro de Saavedra contiene algunos pintoresquismos, pero está escrito por alguien que conoce bien los entresijos del Partido Socialista. No había prácticamente, pues, socialistas en las cárceles de Franco, suponiendo de momento que aquel PSOE inspirado por el marxismo fuera democrático. ¿Había otros demócratas en las mazmorras de la dictadura? Podemos hacernos una idea por el libro del magistrado Juan José del Águila, prologado por Peces Barba, sobre el Tribunal de Orden Público (TOP) del régimen franquista. Del Águila calcula en unas nueve mil las condenas producidas por el TOP en sus trece años de existencia, en las cuales impuso 10.146 años de prisión a 11.261 procesados, lo que supone menos de un año por persona. Puesto que las penas inferiores a un año no se cumplen en prisión, está claro que una gran mayoría de los procesados no cumplió condena, aparte de que las penas superiores tampoco se cumplían íntegras, ni mucho menos. Incluso en los años cuarenta la inmensa mayoría de las sentencias a prisión perpetua no duraban más de seis años. Estos datos no desmienten la represión de la dictadura, ni la oleada de penas de muerte en sus primeros años, pero conviene tenerlos en cuenta al atender a la marea de emocionalidad con que la «*desmemoria* histórica» rodea estos sucesos, mientras pretende olvidar otros más graves del Frente Popular, de las izquierdas entre ellas mismas, y de los regímenes con que los desmemoriados han simpatizado siempre.

No obstante, la cuestión que aquí interesa es la cualitativa. El señor Del Águila titula su libro *La represión de la libertad*, dando a entender que las víctimas del TOP eran demócratas. Para ello oculta o vela cuidadosamente que la inmensa mayoría de los condenados en los años sesenta eran comunistas y, a partir de 1969, terroristas, sobre todo de la ETA, que casi siempre se proclamaban también comunis-

tas. Advirtiendo que el propio señor Del Águila es comunista, su historia se entiende mejor. ¿Podemos considerar demócratas a los militantes de estos grupos? Según un mito muy difundido, ellos no querían otra cosa que abrir paso a las libertades, particularmente en la etapa final del franquismo. Entender la cuestión requiere un repaso de la historia y de la doctrina. Como es sabido, desde finales de la guerra mundial el PCE intentó organizar en España una lucha de guerrillas (el *maquis*) a fin de resucitar la Guerra Civil, esperando resultar esta vez vencedores. El PCE intentaba arrastrar a otros partidos para dar un aire democrático a la intentona, pero encontró el vacío, porque estaba muy fresco todavía el recuerdo de los métodos y el lenguaje estalinistas, así como de la Guerra Civil entre las propias izquierdas.

Sin importar la contradicción, quienes presentan al maquis como una lucha por la libertad afirman también que su fracaso indujo a los comunistas a rectificar en un sentido democrático (¿aún más?). De ese modo se habría producido una evolución hasta la adopción del *eurocomunismo*. Por lo tanto no debería entenderse al PCE como un partido estalinista, sino básicamente defensor de las libertades.

Me temo, sin embargo, que se trata de una mala interpretación, por decirlo de forma suave. Quienes sostienen esa tesis, es decir, los patrocinadores de la desmemoria organizada, son también los sostenedores del fraude radical y evidente de que la democracia durante la Guerra Civil estuvo representada por el Frente Popular, hegemonizado por un PCE inequívocamente estalinista. Por lo tanto los comunistas habrían sido los grandes luchadores por la libertad en España, de forma ininterrumpida con Stalin y después de Stalin. Da igual su pistolero inicial, o su frontal ataque a la República apenas instaurada como democracia liberal, o su participación en la insurrección guerracivilista del 34, que siempre reivindicaron como una gloria, o sus intentos, apenas pasadas las anómalas elecciones del Frente Popular, de liquidar la democracia mediante la disolución de todos los partidos de derecha («fascistas», en su lengua de palo), o su actua-

ción durante la guerra como agentes directos y orgullosos de Moscú que, entre otras cosas, masacraron a otros izquierdistas (POUM y anarquistas sobre todo), o su empeño en prolongar una guerra perdida para enlazarla con la mundial, multiplicando así las víctimas y los daños, o su designio de resucitar la Guerra Civil después de la mundial, o su carácter permanente de propagandistas y defensores del imperio del Gulag... Al parecer, ¡todo lo hacían por la libertad!

Entre los difusores de tales sinsentidos se han encontrado siempre los militantes del marxismo-leninismo —la escuela de Tuñón de Lara en historiografía—; y también muchos historiadores, intelectuales y políticos ajenos a la doctrina, pero ignorantes de ella y sugestionados por los elaborados sofismas de la propaganda marxista leninista. Este último hecho ya ocurrió con gran amplitud cuando Stalin cambió la línea general orientándola a los frentes populares. Como escribía Jan Valtin en su autobiografía *La noche quedó atrás*:<sup>2</sup>

Ahora la consigna era *democracia contra fascismo*. En apariencia la Comintern se había hecho respetable en el sentido liberal; tan decente que una amplia capa de intelectuales, escritores, artistas, profesores y mujeres adineradas manifestaban sin problemas su simpatía por la Internacional Comunista y la Unión Soviética como símbolos de verdadera libertad. Llegó a ponerse de moda participar en empresas comunistas.

La última pirueta en tal sentido fue el «eurocomunismo» patrocinado por el italiano Berlinguer y el francés Marchais, y adoptado por Carrillo ya en plena Transición. La aparente novedad del eurocomunismo consistía en aceptar el pluralismo político para los países europeos, más alguna crítica superficial al modelo soviético. En realidad no había casi nada de ello, y en la medida en que lo hubo, acarreó la descomposición de esos partidos, como las reformas de

---

2. He publicado una reseña de este libro, que me impresionó cuando lo leí, en *LibertadDigital*. <http://findesemana.libertaddigital.com/la-noche-queda-atras-1276234373.html>

Gorbachov acarrearían la de la propia URSS. El PCE siguió siendo marxista-leninista —doctrina elaborada por Stalin— hasta el final del franquismo. Y continuó manteniendo su marxismo, perfectamente antidemocrático. Su desvinculación de la URSS fue en gran parte aparente, y no significó una condena de la experiencia soviética, que continuó como alfa y omega moral e ideológica del partido. Carrillo mantuvo hasta el final una estrecha amistad con los dictadores tan siniestros como los de Rumanía, Corea del Norte o Alemania oriental. El propio nombre «eurocomunismo» describe bien la realidad: en gran parte del mundo las matanzas, las represiones masivas, los campos de concentración, la ausencia total de libertades, estaban perfectamente justificadas, pero se daba la desdichada circunstancia de que en Europa había que adaptarse en alguna medida, tácticamente, a los sistemas democráticos para conquistar el poder. Y siempre con el objetivo fundamental, constitutivo de los partidos comunistas, de subvertir el sistema por una vía u otra. Y una de esas vías, por cierto, siempre fue la falsificación sistemática del pasado. Ya examinaremos el comportamiento del PCE durante la Transición, tácticamente moderada sin que ello lo convirtiese, ni de lejos, en partido de libertades, como se pretende.

El PCE, desde luego, fue y es mucho más antidemocrático que el franquismo. Pero también fue el único partido que se opuso a Franco. Arrostrando mil riesgos y sacrificios, eso también es cierto: el único que luchó desde el principio hasta el final, desde 1939 hasta 1976, al revés que los demás componentes del Frente Popular. Y cuando, en las dos amnistías de la Transición, salieron a la calle los presos políticos (entre trescientos y cuatrocientos para un país de treinta y seis millones de habitantes), en su gran mayoría eran comunistas o miembros de grupos terroristas, o ambas cosas. Nadie con una mínima honestidad intelectual o conocimiento de causa puede considerarlos demócratas. Con toda evidencia, ninguna ideología del siglo xx ha sido más liberticida (y genocida, en competencia con la nacionalsocialista) que la de Marx y Lenin.

¿Significa ello que no hubo oposición democrática al régimen? Por sorprendente que suene el aserto, apenas la hubo, y en la pequeña medida en que existió, fue tratada con notable moderación por la dictadura, pues pocas veces mereció de ésta el honor de hacerla encarcelar: algunos chispazos ocasionales aquí y allá, el más notorio el congreso de Munich, de 1962, integrado por 118 delegados de grupos monárquicos, democristianos, socialistas, separatistas vascos y nacionalistas catalanes, muchos de ellos procedentes del régimen, que exigieron la democratización de España según las normas del Mercado Común. El congreso se celebró bajo la doble y errónea impresión de que el régimen estaba próximo a su fin y de que los comunistas —marginados de la reunión— estaban ganando mucho terreno y era preciso tomarles la delantera (se les atribuían las recientes huelgas de la minería asturiana). Sin embargo los de Munich carecían de representatividad, influencia o prestigio en el país, mientras que los comunistas sí habían ganado, con enorme esfuerzo y sacrificio, alguna incidencia popular, aunque pequeña. De los personajes reunidos en la capital bávara, los más destacados fueron Gil-Robles y Salvador de Madariaga, ambos ya figuras del pasado, sin proyección política en España. En realidad, el congreso habría pasado sin mayor eco si el propio régimen, irritado por la oposición de los congresistas a sus gestiones respecto al ingreso en el Mercado Común, no hubiera magnificado el «contubernio de Munich» al desatar contra él una gran campaña de propaganda y confinar en las Canarias a algunos de los asistentes. Por indicación de José María Pemán y del marqués de Valdeiglesias, que querían evitar perjuicios para la causa monárquica, don Juan declaró no tener nada que ver con el congreso, aunque en él habían participado varios de sus consejeros, como José María Gil-Robles y Joaquín Satrústegui. A éste le dijo el socialista Rodolfo Llopis que transmitiera al conde de Barcelona que «el PSOE tiene un compromiso con la República que mantendrá hasta el final. Ahora bien, si la Corona logra establecer pacíficamente una verdadera democracia, a partir de este momento el PSOE respaldará lealmente a la Monarquía».

Y no cabe conceder un crédito excesivo al democratismo de los partidarios de don Juan. Se trató de una oposición en todo caso muy tenue y minoritaria dentro de los propios monárquicos, los cuales en su mayoría permanecieron siempre en el ámbito del franquismo. El puntal del antifranquismo juanista durante largos años, el catedrático Pedro Sainz Rodríguez, fue un conspirador nato que había procurado sin tregua derribar la República mediante un golpe militar, mientras abogaba por la «democracia orgánica» bajo un trono autoritario; su identificación con los sublevados le llevó a ser ministro de Educación en el primer Gobierno de Franco. Tras la Guerra Civil había vuelto a conspirar, ahora contra Franco, pero sin abandonar la pretensión de establecer un régimen autoritario, y convencido de que la victoria de los Aliados en la guerra mundial traería necesariamente la caída del régimen. La política de aquellos juanistas rondaba por entonces la traición al país, si no caía de lleno en ella, y sus posibilidades se esfumaron cuando Franco, que había previsto la ruptura de la alianza entre las democracias y Stalin, se mantuvo en el poder contra todo pronóstico. Don Juan dio algunos pasos apresurados y su alternativa se esfumó. Andando el tiempo, la restauración o reinstauración monárquica se produciría, por voluntad del dictador, en la persona de Juan Carlos.

También una parte de la Iglesia propició, tras el Concilio Vaticano II, acciones contrarias a la dictadura, pero lo hizo dentro de una considerable confusión. Muchos de esos sectores religiosos, influidos por la Teología de la liberación e ideologías similares, eran a su vez muy dudosamente democráticos, y entre sus actividades se contó un activo respaldo práctico al terrorismo y a los grupos comunistas. No hay duda de que la ETA, por ejemplo, debe mucho a esos apoyos, y asimismo organizaciones dirigidas por el PCE, como Comisiones Obreras. Aunque luego los beneficiados hayan despreciado u olvidado aquellos favores eclesiásticos.

Otros grupos no comunistas y más o menos democráticos mostraron alguna oposición, ya muy al final del régimen, pero lo hicieron generalmente dentro de organismos dirigidos por los comunistas.

El más exitoso y modélico de ellos, la Asamblea de Cataluña, nació en época tan tardía como finales de 1971, y agrupaba a un conglomerado de grupos, desde cristianos de izquierdas a terroristas o pro terroristas, separatistas abiertos y menos abiertos, personajes con ambiciones políticas, etcétera. Pero el núcleo y eje de la Asamblea era el PSUC, precisamente la sección más estalinista del PCE, la más reacia a abandonar el marxismo-leninismo.

Un rasgo importante de casi toda aquella oposición consistió en su simpatía por la ETA, actitud que había de tener muy largas y amplias proyecciones en la democracia, hasta hoy mismo. Por lo común, la oposición retrataba al franquismo como una dictadura totalitaria asesina, horripilante y absolutamente injusta. La consecuencia natural sería luchar contra ella por todos los medios, y de ahí la admiración suscitada por los terroristas cuando empezaron a asesinar, en 1968 (aparte de un bebé destrozado por una bomba unos años antes). Me permitiré citar de mi libro *Una historia chocante. Los nacionalismos vasco y catalán en la España contemporánea*:

El verdadero nacimiento de la ETA como fuerza importante en España data de aquel período de 1968 a 1970, y está ligado a tres asesinatos, los cuales no le impidieron recibir todas las bendiciones posibles. La rodearon de afecto y comprensión, aun si con reticencias de escaso relieve práctico, los comunistas, los demás nacionalistas vascos, catalanes y gallegos, parte considerable del clero vasco y otra menor, pero notable, del resto de España. El conjunto de la oposición, en suma. Y, no menos decisivo, diversos gobiernos europeos, en especial el francés. Francia iba a convertirse por muchos años en el refugio y santuario de la ETA, el lugar seguro donde la organización planeaba sus atentados y adonde podía retirarse oportunamente, garantizándose un alto margen de impunidad. A la oposición española le pareció bien, creyendo que esa política de París duraría lo que el régimen franquista. Volvía a equivocarse.

Tal fue la oposición a la dictadura, cuya verdadera historia está tan por escribir.